SUS más y sus menos

EVA
Director: **Joseph Losey**

Inseguridad y corrupción.

+ La inteligencia asombrosa de Losey encierra toda la clave de la obra en una puesta en escena alucinante, cuyo laberíntico recargamiento decorativo trasluce el itinerario de sus héroes. Fascinante atmósfera veneciana.
— Este mismo recargamiento puede hacer a veces demasiado visible la idea tras la imagen (no tan visible, con todo, cuando tan pocos la han visto).

Resumen: Uno de los mejores films de la temporada.

PEDRO GIMFERRER

ZORBA, EL GRIEGO
Director: **Michael Cacoyannis**

Zorba, un griego primitivo, nos ofrece «su» solución al problema del hombre moderno, hijo de una civilización complejísima.

+ Música, fotografía, interpretación. Diálogos medidos al milímetro, para que nada falte o sobre. El fabuloso atractivo de un personaje como el de *Zorba,* el único que ha interpretado Anthony Quinn a lo largo de toda su carrera artística. Dirección y montaje muy expertos.
— El estilo de *Zorba, el Griego* es a veces cine: acción a través de imágenes en movimiento; otras, teatro: acción a través del diálogo; es novela en la estructura general del relato, complejo, sinuoso. El no ser cine solo, la mezcla de estilos, el abuso ocasional de la palabra hace que «pese» en ocasiones lo contado al respetable.

Resumen: Zorba —personaje a la vez excepcional y simbólico— vive con pasión cada momento de su vida, y acepta cuanto llega a su mano, sea placer o lucha. Desde esa plenitud de su vivir «escupe» a la «angustia» de quienes se plantean, como él, graves preguntas, y, como él, no encuentran la respuesta. Sí, la vida es una serie indefinida de fracasos: muere la francesa, asesinan a la viuda, se suicida el jovencillo, enloquece el idiota del pueblo, el «teleférico» se hunde, la mina no rinde, el «inglés» se arruina, el pueblo sigue en su miseria, en su ignorancia, en su abandono... Falta una idea válida de Dios, dirá el cristiano. No es admisible ese derrotismo, ese evasionismo, hay que luchar para que se promueva al hombre, dirá el marxista. Sobre el paisaje desolado, casi desértico, de Creta, *Zorba* y su amigo bailan su primitiva alegría de estar vivos.

EDUARDO CIERCO

¿TELÉFONO ROJO? VOLAMOS HACIA MOSCÚ
Director: **Stanley Kubrick**

Farsa terrorífica en torno a la amenaza atómica.

+ Realización casi férrea, contenida y eficaz —contra lo usual antaño en Kubrick— sirve admirablemente al tema central. El film divierte y desazona.
— No siempre el humor y la angustia guardan la debida proporción, ni es aquél de la mejor ley.

Resumen: Un film interesante.

PEDRO GIMFERRER

TerTULIa

ACTUALIDAD DE CALASANZ

Hay hombres a los que instalamos en la memoria porque sólo tienen vigor en el pasado, porque todo su haber es ido, pretérito. *Fueron* grandes, decimos. Así, Alejandro Magno. Pero otros hay que no han muerto del todo, que siguen vigentes; estos últimos no caben dentro de un manual de historia, escapan a éste, son presente. A este segundo tipo de hombres lo instalamos en la atención y en la imaginación; la memoria no basta para contenerlos.

José de Calasanz, cuya fiesta celebran las escuelas el 27 de noviembre, y que vivió en el mismo tiempo que Felipe II, que Francisco Suárez, que Francisco de Quevedo, y que murió en el mismo año que Tirso de Molina —valga esto para situarle—, es un hombre de vigencia, un hombre que no se ha ido del todo. Catalán —Calasanç es su apellido— pero rozando lo baturro, fue clarividente y tenaz. Vio la importancia de la educación al servicio de *toda* la sociedad si se quería promover a todas las capas sociales, y contra viento y marea, tozudamente, se echó a fundar escuelas para desheredados; abrió la primera en Roma en 1597.

Ciertamente la Roma del XVI andaba mal de escuelas; tenía entonces la ciudad 116.000 habitantes y sólo contaba con 13 o 14 maestros para atender a todos sus niños, que naturalmente vagaban por las calles. Pero he aquí que nuestro mundo no ha resuelto todavía tal problema, con ser igualmente verdad lo que dejó sentado Calasanz de que los hombres y las sociedades se promocionan con la educación, cuando ésta llega a todos, no cuando es privilegio de unos pocos.

En Haití el número de analfabetos alcanza el 90 % y no es éste un caso aislado; la UNESCO calcula que hay más de 250 millones de niños en la tierra en edad escolar, de 5 a 14 años, que no tienen entrada a ningún tipo de escuela. En España existen unos 3 millones de analfabetos. Sesenta mil niños sin escuelas en Madrid. Se trata de datos sin sistematizar, pero suficientes para hablarnos de la actualidad de José de Calasanz.

Ignoro cómo se las habría en la actualidad nuestro santo con datos tan tristes, pero ciertamente que se pondría a luchar con denuedo, habiéndolo hecho en su tiempo con una realidad que le pareció más pequeña por falta de medios de comunicación e información.

Un hombre tan inquieto como fue él difícilmente se contentaría en nuestros días con la actual solución que los religiosos de enseñanza están dando a tan ingente problema. Cuando menos esto no le bastaría y hasta podemos sospechar que no aprobaría algunos colegios que atienden a alumnos previamente atendidos. Resulta difícil la ciencia de los futuribles, pero me aventuro a creer que se lanzaría hacia una colaboración con el Estado u otras entidades públicas que le permitiera la gratuidad de la enseñanza, a no ser —pura hipótesis— que pregonara una socialización de la tarea educativa que alcanzara rápidamente la universalización de la enseñanza. No olvidemos el éxito alcanzado, los últimos años, en Cuba, en este terreno, dejando de lado los inconvenientes del sistema.

La problemática escolar que atenaza la gran mayoría de países del mundo, con mayor o menor ahogo, es parecida a la que hizo sufrir por dentro y por fuera al hombre Calasanz, y siendo su principio orientador totalmente válido todavía —«la participación en la cultura por parte de *todos* hace progresar a los pueblos»— resulta que el fundador de las Escuelas Pías es hombre de nuestro tiempo, hombre ardorosamente presente en uno de los signos de nuestros días.

OCTAVIO FULLAT

RECUERDO DE JAIME BOFILL

A más de uno nos costó creer en su muerte física; sabíamos que podía desaparecer en cualquier momento, dada su enfermedad, pero ya nos habíamos acostumbrado a una imagen sutil, aunque intensamente presente.

Si atiendo a la huella inmediata que me dejan ocho años de contacto más o menos espaciado, y que siempre es el punto de partida interpretativo de un ser a quien hemos querido profundamente, lo primero que se me ocurre es su gran «caridad evangélica». Por temperamento y por tendencia, mucho me alejaba del Dr. Bofill; pues bien, él alentó esta lejanía abnegadamente y hoy me cuesta precisar dónde él queda. Me parece que nunca supo todo lo que daba.

Prescindiendo más del regalo personal de su magisterio y procurando corporeizarlo en el recuerdo, creería paradójicamente situarlo en una palabra: distancia. «Distancia espiritual»: siempre su reflexión intentó limitadamente adecuar el misterio metafísico que nos une y nos separa. «Distancia personal»: en el sentido de que quizá él nunca se supo bien a sí mismo. La mirada, ciertos cortes en una conversación manifestaban y también impedían la efusión exterior. Las circunstancias de estos años, hondamente vividas por el Dr. Bofill y difícilmente soldables con su pasado, pudieron favorecer esta impresión que creo real. «Distancia —en fin— cristiana». Perceptivo del exterior, reposaba en la pasividad de quien sólo en Dios confía. Nunca vi tan bien concordes las dos cualidades de un pensador cristiano: luminosidad y tiniebla (en su caso más luminosidad que tiniebla).

¿Y su obra filosófica?, ¿su tomismo? Personalmente tengo la convicción de que el pensamiento del Dr. Bofill era de gran calidad. Con dificultad ha cuajado en artículos difíciles, de gran coherencia interior. En clase, el Dr. Bofill nos daba una observación, una conclusión, sin lograr con frecuencia los caminos.

Respecto de su tomismo agudo y original quizá resulte osado aventurar que el proyecto artístico quemaba los materiales. Él se creyó «commentator» y lo fue, pero de un modo algo escandaloso a los historiadores científicos del tomismo. Me importa relativamente poco si fue rigurosamente tomista en cuanto a resultados. Sintonizaba estéticamente con Tomás de Aquino y persistió en no salir de él. Dentro del tomismo nos demostró curiosamente un respeto y comprensión del material filosófico ajeno a la escuela incomparables.

Por último, no debemos olvidar la herencia patente de Guerau de Liost. También él, conteniendo el acento lírico, jugaba con figuras rigurosas, a veces parnasianas. ¿Sería simplista decir que tradujo en forma filosófica la poesía y aun la ironía de su padre?

En cualquier hipótesis, las fronteras de la poesía, la filosofía y el Evangelio se abrazaron en él.

JOAQUÍN MARISTANY, S. J.

novedades

BIBLIOTECA BREVE

OPINIONES DE UN PAYASO
de HEINRICH BÖLL

El conflicto entre:
— espíritu evangélico y rigor dogmático;
— matrimonio natural, sacramento y adulterio;
— humanismo católico y fariseísmo político.

Son los grandes temas que debate la mejor novela del gran escritor católico alemán, best-seller en toda Europa.

NUEVAS TENDENCIAS PICTÓRICAS
de JUAN-EDUARDO CIRLOT

Observador del mundo inestable del arte de nuestro tiempo, Cirlot examina en esta su última obra, «Nuevas tendencias pictóricas», el panorama extranjero: sistemas seriales, estructuras de repetición, pop-art, op art, los nombres de Fontana, Munari, Bleckert, Le Parc, Piene, y los de Rauschenberg, Johns, Conner, Klein y Arman, son puntos de referencia, quizá episódicos pero válidos en todo caso, para el lector asiduo de Cirlot, este hombre infatigable, agudo y polémico.

DIECIOCHO LECCIONES SOBRE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL
de RAYMOND ARON

Maestro de pensar de los tecnócratas y dirigentes franceses de «alto nivel», R. Aron —sociólogo y gran periodista— desarrolla su temática predilecta en estas «Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial» profesadas en La Sorbona. Y ello con el mejor estilo pedagógico que la «dulce Francia» tiene acreditado.

EL CRAC DEL 29
de J. K. GALBRAITH

Un libro apasionante del humanista que es Galbraith, economista profesional que prestó sus servicios en el equipo Kennedy en un punto clave: embajador en la India.

En este libro Galbraith analiza con precisión —y a veces con ironía— el mecanismo que condujo el boom de los años 20 —fiebre especulativo y dinero fácil— hasta el desastroso otoño de 1929, situación salvada «in extremis» por Roosevelt con su «New Deal».

seix barral